

**POSCOLONIALIDAD EN LOS BORDES
EL ANÁLISIS SOCIAL EN LAS MÁRGENES DE SU DISCUSIÓN**

VICTOR JAVIER ERAZO PANTOJA

**UNIVERSIDAD DE NARIÑO
CENTRO DE ESTUDIOS E INVESTIGACIONES LATINOAMERICANAS
ESPECIALIZACION EN ESTUDIOS LATINOAMERICANOS
SAN JUAN DE PASTO**

2013

**POSCOLONIALIDAD EN LOS BORDES
EL ANÁLISIS SOCIAL EN LAS MÁRGENES DE SU DISCUSIÓN**

VICTOR JAVIER ERAZO PANTOJA

**Trabajo de grado para optar al título de Especialista en Estudios
Latinoamericanos**

Asesor

**MÓNICA PATRICIA SOLÍS URBANO
ESPECIALISTA**

**UNIVERSIDAD DE NARIÑO
CENTRO DE ESTUDIOS E INVESTIGACIONES LATINOAMERICANAS
ESPECIALIZACION EN ESTUDIOS LATINOAMERICANOS
SAN JUAN DE PASTO**

2013

Las ideas y conclusiones aportadas en este trabajo de grado son de responsabilidad exclusiva de su autor.

Artículo 1 del acuerdo 324 de octubre 11 de 1966, emanado del Honorable Consejo Directivo de la Universidad de Nariño.

Nota de aceptación

MÓNICA PATRICIA SOLÍS URBANO

LUIS FERNEY MORA ACOSTA

CARLOS WILFREDO NARVAEZ

San Juan de Pasto, 21 de marzo de 2013.

*A Dios, el único escultor de mis imposibles
y a Juanita Lucia Erazo Descanse*

AGRADECIMIENTOS

A la profesora Mónica Patricia Solís, mis más profundos y sinceros agradecimientos por el acompañamiento y asesoría oportuna, prudente, juiciosa y precisa, que me facilitó con todo su amor y amabilidad en el camino de desarrollo y culminación de este trabajo.

Igualmente mis más sentidos agradecimientos a mis jurados, evaluadores del presente documento, debido a su amabilidad y por concederme la posibilidad –valga decir que ellos no contaban con tiempo- de presentar este proyecto oportunamente. Especialmente, un agradecimiento más, al profesor Ferney Mora, quien con la luz de su mente y la paciencia de su labor como cultor de la docencia y la filosofía, supo compartirme el amor hacia la búsqueda de un pensamiento, necesaria y emergentemente latinoamericano.

CONTENIDO

	PAG
INTRODUCCIÓN	8
1. LA ESTRUCTURA ACADÉMICA DEL PENSAMIENTO POSCOLONIAL EN LATINOAMÉRICA.	10
2. LA COLONIALIDAD COMO ELEMENTO CONSTITUTIVO DE LA MODERNIDAD	15
2.1 EL PROYECTO DE LA MODERNIDAD Y LAS CIENCIAS SOCIALES COMO PRÁCTICA DISCURSIVA DE LA COLONIALIDAD.	18
3. EL DISCURSO DE LOS ESTUDIOS POSCOLONIALES COMO ESPACIO DE REPRESENTACIÓN DE LA COLONIA Y EL OTRO COLONIAL.	23
4. PENSAR POSCOLONIALMENTE: ¿BRÚJULA PARA UNA PUESTA EN ESCENA <i>ETHOS DE-POR</i> PARA LAS CIENCIAS SOCIALES EN NUESTRA AMÉRICA?	28
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	35

RESUMEN

El presente trabajo realiza un breve recorrido por las principales posturas de los estudios poscoloniales, visibilizando desde sus aportes y, a través del análisis del proceso de estructuración de las Ciencias Sociales, las evidencias del andamiaje que la modernidad ha configurado para el saber social contemporáneo y para las sociedades no occidentales. Todo esto con el fin de proponer una postura de lectura, respecto de saberes sociales actuales como la poscolonialidad, fundamentada en lo que aquí se comprende, como ethos de-por para el estudio de las Ciencias Sociales en la academia latinoamericana.

Palabras clave: *Cuestión colonial, colonialidad, modernidad, Ciencias Sociales, ethos de-por.*

ABSTRACT

This paper provides a brief overview of the main positions of postcolonial studies, making visible from their contributions and, by analyzing the process of structuring the social sciences, evidence of scaffolding that modernity set to contemporary social knowledge for non-Western societies. All this in order to propose a reading position, with respect to current social knowledge as postcoloniality, based on what is understood here as ethos-by for the study of social sciences at the American Academy.

Key words: *Colonial matter, colonial, modernism, social sciences, “ethos de-por”.*

INTRODUCCIÓN

Las ciencias sociales contemporáneas son las llamadas a asumir los retos de saber propio de las sociedades heredadas de los procesos de constitución del capitalismo en el mundo. Más aún, si hablamos de las Ciencias Sociales en Latinoamérica, el reto se convierte en un panorama desde donde debe ser posible establecer una suerte de camino que permita *comprendernos*.

Desde de un análisis estructural, este trabajo indaga por la forma de construcción de las ciencias sociales inscritas en la plataforma de los estudios poscoloniales¹, permitiendo observar cómo esta forma de construcción epistémica, se determinó en función de unas características bien definidas por las relaciones entre Europa y las colonias en el proceso de instauración de la modernidad.

Esto nos sumerge en un análisis estructural de y para la sociedad contemporánea. Análisis que nos incita a pensar en la necesidad de configurar un *ethos de-por* en el propósito de asirnos a un camino que nos permita el reconocimiento y aprehensión de las Ciencias Sociales; ubicándonos, en la manera cómo el saber transformado del momento, se concreta y procede, beneficiando al capitalismo como aparato hegemónico de las temporalidades mundiales dominantes y, coadyuvando, desde los propósitos pensantes de los denominados estudios poscoloniales, con la reapropiación crítica de todo lo que ha sido considerado desde siempre, a espaldas de Latinoamérica, sobre y para Latinoamérica.

En tales condiciones, se procederá desde el intento de responder a los siguientes cuestionamientos: ¿Cuál es la dinámica de formación de la modernidad como campo discursivo que determinó la creación de prácticas de la Colonialidad, desde la construcción del Otro Colonial y a partir de la construcción de una serie de saberes denominados a sí mismo como científicos, como es el caso de las Ciencias Sociales?

¹ Si bien es cierto que en la academia es más generalizado el término postcolonialidad, para efectos del presente trabajo se hará uso del concepto de poscolonialidad, propuesto por Santiago Castro-Gómez, en tanto que este procura darle una identidad propiamente latinoamericana; esto, si se atiende a la variación del prefijo *post*, que surgió en la academia norteamericana por el prefijo *pos*, que, desde la propuesta de Castro-Gómez, sería el que identifica a la escuela de pensamiento de los estudios postcoloniales en Latinoamérica.

¿Cuáles son las características del discurso de los estudios poscoloniales como espacio de representación de la colonia y del Otro colonial? Y ¿qué nos podría aportar esta escuela del pensamiento, como movimiento *ethos de-por*, en aquellas impredecibles dinámicas del construir conocimiento Social, desde nuestra esfera académica, social y cultural coetánea?

1. LA ESTRUCTURA ACADÉMICA DEL PENSAMIENTO POSCOLONIAL EN LATINOAMÉRICA.

Hablar de los estudios poscoloniales, equivale a pensar en una trama bastante articulada de pensamiento eminentemente propio de las Ciencias Sociales. Estos discursos, fijan su génesis en la academia norteamericana e inglesa hacia finales de la década de los años setenta del siglo XX².

Fundados en 1978 a partir de la publicación del texto de Edward Said titulado “*Orientalismo*”, la especificidad discursiva que plantean estas formas epistemológicas para América, implica la re-elaboración de las perspectivas de disertación en sus investigaciones con respecto a la cuestión colonial.

El campo de trabajo académico de dichas epistemes, se sitúa dentro de lo que la academia latinoamericana denominó como los “estudios culturales”: campo de saber definido que se construye como una posibilidad de interpretación *sui generis* en torno a la cuestión colonial; procura rebasar la comprensión del acontecimiento mundial de la modernidad, enfrascada y delimitada entre los bordes continuos y renovados de antaño, de un capitalismo-colonial-moderno vigente, que tiene su genealogía en el proceso de conquista y “encubrimiento” de América.

Se configura, desde esta plataforma de aproximación a la situación de los pueblos colonizados, una estructura de saber definida como «la cuestión colonial»: un esfuerzo intelectual y filosófico, social, cultural e histórico, que se vislumbra como el epicentro de los cuestionamientos y análisis de la poscolonialidad; Intenta reinterpretar los indistintos procesos mundiales de colonización y expansión de las sociedades occidentales imperantes por el mundo, que permitieron bajo el proyecto global de la modernidad, la consolidación de los Estados Nacionales, del orden geopolítico contemporáneo, de estamentos supra y trans-estatales y de la máquina capitalista posmoderna y global existente, junto a la sublevación –léase “representación” (Spivak)– y extinción, de sociedades no occidentales, además de la imposición de una estructura

² Pregonados bajo las tintas de pensadores como Edward Said, Gayatri Spivak, Homi Bhabha, Ranajit Guha, Chakrabarty, Prakash, Chatterjee entre otros.

académica universitaria en la que, actualmente, convergen los discursos de las Ciencias Sociales contemporáneas. En este sentido, el campo de investigación de la poscolonialidad, tuvo por propósito la institucionalización de un campo de reflexión crítico acerca del problema del colonialismo, abordado como *locus de enunciación* del conocimiento producido en occidente y como proceso perpetrador de los actuales escenarios sociales.

Mignolo llama la atención en este sentido: “No es tanto la condición histórica postcolonial la que debe atraer nuestra atención, sino los *loci* de enunciación de lo postcolonial. (Mignolo. S.f.p) Así mismo, describe el proceso a través del cual, ese locus (*loci*) de enunciación se convierte en una dinámica discursiva, como lo demuestra la extensa cita que hace a partir de Shohat:

El término “postcolonial, sería, por lo tanto, más preciso si se articulara como “teoría de los post-primer/tercer mundos”, o como “crítica post-anticolonial” como un movimiento que va más allá de las relaciones relativamente binarias, fijas y estables que diseñan (mapean) las relaciones de poder entre “colonizador/colonizado” y “centro/periferia”. Tales rearticulaciones sugieren un discurso más matizado, que permita el movimiento, la movilidad y la fluidez. Aquí, el prefijo “post” haría sentido menos como lo que viene “después” y más como lo que sigue, lo que va más allá y se distancia críticamente de un cierto movimiento Intelectual –la crítica tercer mundista anticolonial- más que superar cierto punto histórico –el colonialismo- pues aquí el “neocolonialismo” sería una manera menos pasiva de referirse a la situación de los países neocolonizados y una modalidad políticamente más activa de compromiso. (Shohat. 1992:114-140 Citado en Mignolo. S.f.p.)

Esta forma de enunciación occidental, se puede configurar como un establecimiento institucional que instauró prácticas totalizantes en razón a las gramáticas eurocéntricas de la modernidad. Dichas gramáticas, se institucionalizaron a través del exterminio, sublevación y subordinación de las sociedades no occidentales –consideradas como inmediatas colonias– y mediante la elaboración y producción de conocimientos respecto de las mismas y sus individuos, que crearon la noción peyorativa del “otro colonial”: sujeto cuya obligación y destino debía ser el adecuarse a los “modelos civilizatorios” de los países colonizadores (Inglaterra, Francia, Italia, Alemania, Rusia, para el caso de Asia y África).

Dicho proceso, inherente al proyecto expansivo de la economía capitalista, tiene sus orígenes, en la crisis europea del siglo XVII y los postreros sucesos acaecidos durante los siglos XVIII al XIX³, que a la luz de la historia tradicional, conjugarían la arquitectura de la modernidad. Esta tuvo por misión, la creación de una sociedad mundial, solventada en la expansión de los Estados-nacionales y el capitalismo por el mundo; proceso sólo plausible, con el postrero tránsito de las sociedades no modernas (África, Asia y Oceanía) desde un estado bárbaro y arcaico, a un estado moderno y civilizado, el cual, únicamente las potencias imperantes (Inglaterra, Francia, Alemania y EE.UU.) podrían viabilizar.

Fundamentados así en preguntas clásicas como ¿puede hablar el subalterno? (Spivak), los estudios poscoloniales intentan retomar los argumentos del conocimiento social y humanista contemporáneo para develar que el proyecto europeo de la modernidad, en su afán de construir sociedades civilizadas, modernas y capitalistas, consiguió estructurar una serie de saberes articulados a las ciencias humanas y sociales, que lograron “representar” al subalterno. En otros términos, crear, acorde a sus intereses, un prototipo de ser humano no occidental, incivilizado y bárbaro, suplicante del cambio que sólo las potencias podrían brindar: civilizarlo y modernizar sus sociedades. Y construir para sí mismos una cognición metafísica sobre su mismidad, dadora de una verdad válida para sus locus de enunciación: sólo la sociedad y el ser humano europeo – Lo mismo, La Totalidad (Dussel, 1973:102)– tiene el conocimiento de la verdad y los medios para configurar sociedades perfectas y prosperas.

Diría Spivak al respecto: “es claro que el subalterno ‘habla’ físicamente; sin embargo, su ‘habla’ no adquiere estatus dialógico, esto es, el subalterno no es un sujeto que ocupa una posición discursiva desde la que puede hablar o responder” (citada en Quijano, Olver, 2006:81), ni tampoco decidir acerca de los cursos de su propia vida, o aspirar a una autonomía ligada a ámbitos culturales propios de la inmanencia de sus comunidades, o colectivos sociales no occidentales; produciéndose de ese modo, una “violencia epistémica” (Spivak) o exclusión de las maneras de pensar del otro, del subalterno, como anulación de sus prácticas culturales, territoriales, cotidianas y si se

³ Principalmente las revoluciones democrático burguesas como la francesa de 1789 y la revolución industrial, además del fenómeno de la ilustración europea, que constituirían a la modernidad, como fenómeno inminentemente europeo.

quiere vitales. Forma de establecimiento de la identidad de Lo Mismo que Dussel amplía en el tercer capítulo del texto *Para una Ética de la Liberación Latinoamericana* (1973:98-103).

De la misma manera, Edward Said, siguiendo las rutas trazadas por Michel Foucault, ejerció la influencia quizá más preponderante en la construcción de la disposición arquetípica de los estudios poscoloniales. Fue él quien empezó a mostrar las diversas formas textuales por medio de las cuales Europa produce un saber (discurso en su forma antropológica, arqueológica y sociológica) sobre el “otro” colonial, en este caso, las sociedades de “oriente”. Esto se revela en su trabajo, a raíz del entendimiento de los vínculos inquebrantables entre unas ciencias humanas y un imperialismo moderno, constructores a nivel discursivo, de la mano del “orientalismo”, de una imagen aceptada de las culturas no metropolitanas colonizadas por occidente. (Castro Gómez, 1999: 82).

Así, develando que en la tradición occidental, la producción del conocimiento, de la historia y de la modernidad, son cuestiones inherentes al ejercicio de poder de las potencias europeas totales en la medida de la invención de *Una Racionalidad, Un Pensamiento abstracto y Una ciencia*: artilugios que establecen una relación marginal con respecto al resto del mundo determinado bajo los adjetivos de empírico, espontáneo, pre-racional, imitativo y dominado por la superstición y el mito, los estudios poscoloniales encontraron que el colonialismo no es solamente un fenómeno político y económico, sino que ostenta una *dimensión epistémica* vinculada con el nacimiento de las ciencias humanas, tanto en el centro como en la periferia. “En este sentido cabría hablar de *Colonialidad* antes que de colonialismo para destacar la dimensión cognitiva y simbólica de ese fenómeno”. (Castro Gómez, 2005:20)

Colonialidad, que para el caso de los estudios poscoloniales en Latinoamérica, trasciende bajo la mirada mundial (introspección del acontecimiento americano) de la modernidad y del fenómeno capitalista-colonial-moderno contemporáneo. Es esta mirada, junto con el resuelto intento de redimensionar y reorganizar los postulados epistémicos del otrora “latinoamericanismo”⁴, además del esfuerzo por sembrar un

⁴ Se ha denominado así a una serie de teorías del siglo XX (60s, 70s y 80s): “dependencia, colonialismo interno, heterogeneidad estructural, pedagogía del oprimido, marginalidad, explotación, investigación acción, colonialismo intelectual, imperialismo y liberación” influenciadas por el Marxismo y por investigaciones de pensadores influyentes como José Martí, José Carlos Mariátegui, Bello y Sarmiento,

estatuto epistemológico *sui generis* para la construcción de unas Ciencias Sociales incluyentes, un viro epistemológico para la cuestión colonial, que transmuta la óptica de la postcolonialidad de los inicios, en aquella tinturada con la contemplación latinoamericana.

las cuales, indirectamente aceptaban al progreso y desarrollo (en algunos casos se hablaba de desarrollos alternativos, de comunismo en América etc.), elementos de la modernidad y posmodernidad capitalista, como los únicos medios para cambiar las condiciones de vida de los mal llamados países latinoamericanos tercermundistas.

2. LA COLONIALIDAD COMO ELEMENTO CONSTITUTIVO DE LA MODERNIDAD

La modernidad es un fenómeno mundial cuya inmanencia es la colonialidad y cuyo portento es la consolidación del capitalismo-colonial-moderno⁵. Dussel (En Lander, 2000:45-46) destaca dos posibilidades de concreción de lo moderno:

La Modernidad es una emancipación, una “salida” de la inmadurez por un esfuerzo de la razón como proceso crítico, que abre a la humanidad a un nuevo desarrollo del ser humano. [...] Proponemos una segunda visión de la “Modernidad”, en un sentido mundial, y consistiría en definir como determinación fundamental del mundo *moderno* el hecho de ser (sus Estados, ejércitos, economía, filosofía, etc.) “centro” de la Historia Mundial.

Por tanto no es un proyecto inminentemente europeo, gestado y producido por Europa. Es más bien un acontecimiento mundial de larga duración, cuya genealogía se encuentra el 12 de octubre de 1492. Razón por la cual, esta no se debe simplemente al esfuerzo europeo de la búsqueda de su propio progreso y desarrollo; siendo resultado de la convergencia de hechos mundiales, que deben su razón de ser al colonialismo y la colonialidad (del poder y del saber), los cuales beneficiaron el desarrollo global del capitalismo.

Comprendido el colonialismo como el proceso mediante el cual los países europeos a partir del siglo XVI, empiezan a *constituir*, dominando política y administrativamente, otros territorios no europeos a la imagen de la Totalidad epistémica y ontológica occidental (América, Asia, África y Oceanía), trasladando a estos, su organización política, administrativa, social y cultural, a raíz del desmantelamiento administrativo, político, social y cultural, de las estructuras no europeas de las futuras sociedades colonizadas, produciría, para el caso de Latinoamérica, los primeros resultados de la modernidad como fenómeno mundial:

En el proceso de *constitución* histórica de América, todas las formas de control y de explotación del trabajo y de control de la producción-apropiación-distribución de productos, fueron

⁵ Término insertado por Aníbal Quijano que caracteriza al capitalismo dentro de un solo concepto, con relación a lo que fue y es, desde las formas como operó y opera en nuestro contexto y el contexto mundial-global; dice Quijano: el “capitalismo mundial, fue, desde su partida, colonial-moderno y eurocentrado”. (Quijano, 2000: 208).

articulados alrededor de la relación capital-salario (...) y del mercado mundial. Quedaron incluidas la esclavitud, la servidumbre, la pequeña producción mercantil, la reciprocidad y el salario. (...) Todas eran histórica y sociológicamente nuevas (...) porque fueron (...) establecidas y organizadas para producir *mercaderías para el mercado mundial*, (...) aquella estructura de control de trabajo, de recursos y de productos, consistía en la articulación conjunta de todas las respectivas formas históricamente conocidas (...) De ese modo se establecía una nueva, original y singular estructura de relaciones de producción en la experiencia histórica del mundo: *el capitalismo mundial*. (Quijano, Aníbal, 2000:204) (Cursivas añadidas).

Esto daría pie a la colonialidad como elemento constitutivo de la modernidad, siendo posible solamente, como resultado del establecimiento definitivo de las colonias en el Nuevo Mundo, sobre todo, a raíz de la formación, afianzamiento y consolidación del circuito comercial del atlántico (Mignolo, 2000:58). Esta empezaría a concebir a la modernidad, como im-positividad; entendida como el andamiaje discursivo-epistémico del cual se valieron las potencias para perpetrar su empresa, la colonialidad establecería las estructuras cognitivas y materiales que le permitieron al europeo su imagen empoderada y justificada de conquistador, colonizador y civilizador; dándole al colonizado, la imagen de indio, bárbaro, mestizo e incivilizado. Estas situaciones solventarían la postrera civilización, mundialización y modernización de la sociedad.

La colonialidad, valiéndose de la relación inmanente, continua y dinámica entre poder y del saber, conjugó una serie de acontecimientos trascendentales en el tiempo y la historia. Tales acontecimientos fueron instauradores de órdenes y mecanismos que aún en las intempestivas circunstancias culturales y sociales que convergen en la actualidad, no cesan de irradiar y poner en práctica sus intenciones colonizadoras, ahora poscolonizadoras. ¿De qué manera, entonces, y a raíz de qué proceso la colonialidad del poder y del saber, coadyuvo históricamente a la modernidad a generar la sociedad latinoamericana actual?

Entendiendo a la colonialidad del saber como la subvaloración epistémica y discursiva implementada por occidente: el conquistador, colonizador, europeo y posteriormente el norteamericano, sobre el conocimiento del “otro colonial” —en este caso indios y negros iletrados, campesinos ignorantes y mestizos mal educados, cuyas maneras de conocer son desde estas perspectivas arcaicas, supersticiosas y míticas— y, concibiendo la colonialidad del poder como la estructura epistémica específica de

dominación y control de las subjetividades, “a través de la cual fueron sometidas las poblaciones nativas de América a partir de 1492” (Castro Gómez, 2005: 58), es posible argumentar que la modernidad ostenta un proceso que supone la construcción de unos imaginarios latinoamericanos (Mignolo, 2002:21-23), mediante la puesta en práctica de unas especificidades discursivas que al decir de Mignolo, implicarían la construcción geopolítica (del conocimiento) mundial y la continua degradación y constitución de nuestra actual Latinoamérica.

El primero de ellos, el imaginario del periodo colonial, enmarcado por el meta-relato cristiano (siglo XVI al XVIII), le proporcionaría al conquistador europeo las herramientas que, justificando no solamente su dominación, darían pie a una colonización fundamentada en una evangelización. Esta procuraría exterminar los sistemas cosmológicos y ontológico-religiosos de las comunidades encontradas en el Nuevo Mundo. Lo cual supondría la entrada triunfante para el mundo conquistado de prácticas de colonialidad. Una de estas prácticas –y quizá la más que más proliferó–, es la clasificación racial⁶ de la población, que llevó a la academia española del momento, a preguntarse si los nativos conquistados eran hijos de Dios o tenían alma. Y que viabilizó la otra: estructuración de prácticas de explotación de sexo y productos, trabajo y productos, recursos y productos, mediante la institucionalización de mecanismos como la encomienda, la mita y el resguardo: inmanencia entre la colonialidad del saber y la colonialidad del poder, la primera instaurada desde el sujeto, la segunda desde el establecimiento de funciones sociales.

Más tarde, emergería, como segundo cambio en el imaginario latinoamericano, el del “periodo nacional”. Vinculado a una sucesiva degradación para las moribundas colonias, de parte de los franceses ilustrados y de pensadores como Hegel –quienes hablaban de la juventud de América, afirmando que esta se encontraba en el “estadio subjetivo”, o incluso, “en el salvajismo donde el ser humano está atado a la naturaleza y es incapaz de razonar” (citado en Quijano, Olver. 2006: 68), menos de construir Estado como sí lo había podido hacer Europa–, tal periodo, determinado entre los comienzos

⁶ “Con el tiempo, los colonizadores codificaron como color” (*indios, negros, mestizos, en principio. Después con la expansión europea al viejo mundo y la creación del imaginario “Oriente” (Said) aceitunados y amarillos*) “los rasgos fenotípicos de los colonizados y lo asumieron como la característica emblemática de la categoría racial (...) En consecuencia, los dominantes se llamaron a si mismos blancos. (Quijano, 2000: 203).

del siglo XVIII y 1898, se caracteriza por una lucha contra el imaginario anterior desde el ideal revolucionario y laico de la burguesía ilustrada en Francia. Esto se hizo perceptible y vigente, solamente con el desarrollo y término de las guerras de independencia en contra de España, que conformaron los estados-nacionales latinoamericanos, ideados por una sociedad criolla, influida por el pensamiento ilustrado-burgués (colonialidad del poder y saber), que edificarían las estructuras de un nuevo modelo de sujeto: un “otro” colonial, en apariencia, descolonizado.

Por último, tendría entrada triunfal el vigente “imaginario postnacional”. Con la tercera degradación para Nuestra América ocurrida a partir de 1898, cuando Latinoamérica establece relaciones con Estados Unidos (erigida entonces como la nueva potencia mundial), instituyéndose de ese modo y a partir de ese momento, la configuración definitiva del actual sujeto latinoamericano: hispanohablante, subalterno que vive en una sociedad dependiente de economías externas como la norteamericana. Y que esta al margen del proceder del capital en su orden transnacional, a través de una globalización y posmodernidad, que dentro de la máquina capitalista contemporánea, amenazan finalmente, con arrebatarse las inmanencias culturales propias de algunas de sus sociedades, que por fortuna persistieron a los procesos señalados.

2.1 EL PROYECTO DE LA MODERNIDAD Y LAS CIENCIAS SOCIALES COMO PRACTICA DISCURSIVA DE LA COLONIALIDAD.

Tras la fugaz mirada al proyecto modernizante, es necesario hacer un prontuario del armazón constituyente a las Ciencias Sociales, entendidas como emergencia del proceso cultural, social y epistémico llevado a cabo por la expansión mundial de la modernidad, y visibilizadas –siendo esta mi intención– como aquella esfera del conocimiento, que acorde a las circunstancias contemporáneas de organización del poder, puede ser re-pensada, reapropiada y reorganizada, si se quiere, sobre las vigas narrativas de un pensamiento que a sí mismo se juzga poscolonial.

Es el informe de la comisión Gulbenkian (Wallerstein, 1996) el cual realiza un aporte fundamental sobre esta discusión, al contextualizar espacio-temporalmente, el

proceso de constitución y consolidación institucional de las disciplinas de las Ciencias Sociales tal y como las conocemos hoy.

Teniendo entonces su genealogía en el siglo XVI y estructurándose definitivamente entre los siglos XVIII y XIX, para pasar a ser evaluadas, analizadas y reconfiguradas a partir de 1945, sobre la base de argumentos que aún hoy persisten en el intento de su transformación, las Ciencias Sociales no correspondieron en su andamiaje inacabado, a la naturaleza de su objeto de estudio: la vida y el lazo social; sino que ligadas y comprometidas con la expansión de la modernidad, estas se erigieron y concretaron de acuerdo a intereses y concepciones políticas, económicas e ideológicas, de las sociedades occidentales predominantes, instauradoras del proyecto de la modernidad.

A partir del siglo XVI, las nacientes Ciencias Sociales, pensadas y construidas en la emergente estructura universitaria de la España de la época, justificaron la empresa de la conquista y el posterior colonialismo y colonialidad. Desde debates académicos que llevaron a intelectuales como el cronista, historiador y jurista Ginés de Sepúlveda, autor de *De rebus hispanorum gestis ad Novum Orben*, a manifestar que lo mejor que les pudo suceder a los bárbaros del nuevo mundo, fue quedar sometidos al imperio de aquellos cuya virtud y religión, los han de convertir de bárbaros en civilizados, de torpes y libidinosos, en probos y honrados y, de impíos y siervos de los demonios, en cristianos y adoradores del verdadero Dios (Citado en Guerrero, 2006:16-17). Situación, que en conjunción con el trabajo desarrollado por una serie de personajes tildados como cronistas de indias, implicó el comienzo del proceso modernizante. Tal proceso, para el siglo XVIII, a raíz del desplazamiento de la teología en la búsqueda del conocimiento, tomaría colores diferentes en la edificación estructural de los saberes sociales.

Fue en esta época que el ascenso de estas Ciencias, supuso un largo y complejo transitar apoyado en la consolidación definitiva del mundo universitario (finales del siglo XVIII) y, fundamentado en dos grandes perímetros: uno, la adopción de los modelos newtoniano y cartesiano del conocimiento, aceptados y constituyentes en la construcción de los conocimientos propios de las ciencias naturales y, dos, el consentimiento de que la ciencia, debía descubrir leyes universales y naturales para regir los destinos de la humanidad.

Así, durante los siglos XVIII y XIX los conocimientos adoptados por la modernidad, fueron enclaustrados en constructos denominados disciplinas. Estas fueron ordenándose en la siguiente triada epistemológica: primero, las Ciencias Naturales y sus disciplinas: física, matemáticas, biología y química. Segundo, las Humanidades y sus disciplinas: filosofía, literatura, pintura, escultura. Y tercero, en un contorno aún ambiguo, y establecidas en la mitad de lo que se denominó como las *dos culturas* (ciencias naturales, por un lado, y humanidades por el otro), se constituyeron las Ciencias Sociales con sus epicentros disciplinares: historia, economía, sociología, ciencias políticas, antropología y geografía.

Dicha construcción, hasta 1945, se concretaría en las universidades del mundo, con una división del saber científico para las Ciencias Sociales, sobre las traviesas de tres líneas divisorias en el sistema de sus saberes: primero, la línea de estudios modernos civilizados⁷ (historia más las ciencias sociales nomotéticas: economía, sociología y ciencias políticas). Segundo, la línea de estudio del mundo no moderno⁸ (antropología y los estudios orientales). Y tercero la línea de estudio entre pasado (historia) y presente (Ciencias Sociales nomotéticas); llevando a corroborar concluyentemente, la premisa hegeliana de la edificación del conocimiento, sobre unas rutas que sólo puede recorrer el sol⁹.

Sin embargo a partir de 1945, empezaría una reestructuración en el *corpus* de estos conocimientos que no terminaría. En principio se cuestionaron las líneas divisorias anteriores, viéndose la necesidad de implementar estudios que trasciendan las marcas impuestas por las disciplinas. Se crearon entonces los *area studies*, propulsados por la academia norteamericana, que sobre la base de la multidisciplinariedad¹⁰, se encargaron

⁷ Encargados en su enunciación de legitimar la empresa moderna, la expansión del capitalismo por el mundo y las identidades económico-políticas de los Estados nacionales, a fin de permitir la inmediata modernización de las sociedades no occidentales.

⁸ Su objetivo sería el de corroborar en sus enunciados, la necesidad de implementar procesos civilizatorios para los grupos sociales no occidentales, objeto de sus investigaciones.

⁹ Decía Hegel: “la historia universal va de oriente a occidente. Europa es absolutamente el término de la historia universal. Asia es el principio. Para la historia universal existe un oriente (por excelencia), aunque el oriente es por si mismo algo relativo (...) En Asia nace el sol exterior, el sol físico, y se pone en occidente; pero en cambio aquí es donde se levanta el sol interior de la conciencia, que expande por doquiera un brillo más intenso” (Citado en Quijano, Olver. 2006: 68)

¹⁰ Diversos profesionales de indistintas disciplinas de las Ciencias Sociales, se reunían a investigar en conjunto, pero desde la mirada de sus disciplinas, cualesquier tema ligado con el área geográfica de estudio.

de investigar grandes áreas geográficas con características culturales y lingüísticas determinadas (URSS, América Latina y China), para viabilizar y corroborar el cambio político mundial, producido después de la II guerra mundial, esta vez determinado y dominado por Estados Unidos y sus intereses políticos concretos.

En conjunción a esto el fenómeno de la expansión universitaria mundial, atrajo la necesidad de implementar la especialización. Opción que se utilizó para ampliar y sentar las bases de una profesionalización, que hiciera del investigador social un sujeto capaz de responder a requerimientos específicos del conocimiento (nichos del saber al decir de Wallerstein), que ni siquiera la disciplina de su profesión estaría en capacidad de solventar. Ello ayudo al proceso de derrumbamiento de las especificidades que cada disciplina había fundado.

Tales situaciones, se constituyeron como la plataforma desde donde se implementó para Latinoamérica la teoría del desarrollo impulsada por la doctrina Truman¹¹. Además, permitió que para 1960 se diera un cambio en los paradigmas reinantes hasta el momento de la construcción de los saberes sociales. Comienza así el aporte de la tradición Weberiana (Max Weber) y marxista (Carlos Marx) del conocimiento, que posteriormente viabilizarían la fundación de escuelas y doctrinas de pensamiento aún vigentes en determinados casos como: la hermenéutica, la escuela de Frankfurt, el estructuralismo, el posestructuralismo, el pensamiento crítico social, el pensamiento complejo, la teoría de sistemas entre otros. En su evolución, se cuestionaron desde un comienzo, sobre si los pueblos no occidentales tenían-tienen historia, o si son capaces de construir por sí mismos conocimientos propios y científicos.

Elementos que aún hoy en día han llevado a pensar a las Ciencias Sociales, como posibilidad inminente de una interdisciplinariedad y transdisciplinariedad (esta última difícil de abarcar) obligadas. Operaciones pensadas como componentes necesarios a la edificación de un conocimiento, que en nuestros contextos académicos todavía “tiene carácter colonial y está asentado sobre supuestos que implican procesos sistemáticos de exclusión y subordinación” (Lander, 1999:53), que deben ser repensados, a través de efectivas comunicaciones interculturales, horizontales y democráticas.

¹¹ Al respecto ver: ESCOBAR, Arturo: *“La invención del tercer mundo Construcción y deconstrucción del desarrollo”*. Traducción de Diana Ochoa. Editorial Norma. Bogotá. 1996.

Es así como en la actualidad, el cuerpo académico de nuestras universidades, “no cuestiona los nítidos deslindes disciplinarios de las Ciencias Sociales” puesto que “bajo el manto de la objetividad (...) la creación intelectual de los científicos sociales de las universidades latinoamericanas debe regirse por las demarcaciones disciplinarias, regímenes de verdad, metodologías, problemas y prioridades de investigación” (Lander, 1999:53-54), como lo demuestra para nuestro caso Guerrero:

La universidad de Nariño no se escapa a la división y dispersión de facultades y organismos que tienen que ver con la academia pero lo más preocupante es el hecho de tener un modelo auténticamente profesionalizante (...) hecho que se refleja en los planes de estudios los cuales podemos catalogarlos como “asignaturistas” (**disciplinares**) (...) la dispersión del conocimiento es evidente, no hay interdisciplinariedad, menos la transdisciplinariedad. (...) En la Universidad de Nariño existen feudos (...) “tribus académicas” con sus “chamanes” –léase especialistas- que defienden su territorio (**disciplinas**) a ultranza (...) con poca formación para la investigación interdisciplinar. (Guerrero, 2008:4-5-6) (La negrilla es mía)

Aspectos que se postulan preocupantes, sí añadimos a esto que en la actualidad, donde la llamada crisis de la modernidad permea nuestra temporalidad, donde la posmodernidad y el capitalismo mundial nos arrebatan nuestras particularidades culturales, impregnándonos de una serie de aparatos y mercancías tecnológicas que muchas veces saquean nuestra subjetividad misma¹² y, donde una globalización amenaza con totalizar y universalizar la cultura, las Ciencias Sociales y la construcción académica del conocimiento en general dentro de las Universidades, están en la obligación de pensar y gestar mecanismos que ayuden a la reconstitución de unas sociedades, justas, incluyentes, quizá glocales¹³, reproductoras de una racionalidad que moderna o no, más propia, en tanto que posmoderna y globalizada, respalde la autonomía de las subjetividades de los individuos y sus comunidades.

¹² El mundo de las telecomunicaciones, la cibernética e informática y la tecnología global prácticamente nos ha arrebatado el tiempo de nuestra mismidad y privacidad: ¿quien no cuenta con un celular que le acompaña y vigila todo el tiempo haciéndolo localizable para el mundo en cualquier momento? ¿Quién no necesita de Internet: ya sea para el trabajo, para perder el tiempo, o para realizar consultas? ¿cómo sería el mundo sin la televisión? ¿acaso no tendríamos tiempo para actividades como el cultivo de nuestro propio espíritu?

¹³ Una sociedad puede considerarse Glocal, en la medida en que dentro de su dinámica no niega sus características culturales, históricas y sociales propias, viviendo en un mundo globalizado y posmoderno. Así es glocal una sociedad que se comunica y está al tanto del mundo y sus dinámicas, en tanto respeta y rescata eventualidades propias que implican conocimientos únicos que entrarían en diálogo con lo externo.

3. EL DISCURSO DE LOS ESTUDIOS POSCOLONIALES COMO ESPACIO DE REPRESENTACIÓN DE LA COLONIA Y EL OTRO COLONIAL.

Es claro que los discursos que podrían autodefinirse como poscoloniales, tienen por propósito hablar de la colonialidad; esto es, la recreación discursiva de relatos que versan acerca de la manera cómo las potencias, toda vez que llevaron a cabo los procesos de colonialismo y establecimiento definitivo de las colonias en los “mundos” considerados fuera del orden moderno, instauraron el *corpus epistémico* –léase violencia epistémica- que le daría legitimidad a la empresa de la modernidad y que terminaría construyendo el rostro y la identidad del Otro colonial.

Tal operación, no es más que el ejercicio discursivo de reconstrucción de la representación. Dicha representación, constitutiva de los ejercicios de producción de la violencia epistémica, debe entenderse como aquel proceder, inherente a los procesos de construcción del conocimiento occidental, mediante el cual la empresa moderna, valiéndose de la colonialidad, en ejecución de *su* saber y *su* poder, ha logrado precisar las cualidades extrínsecas pero definitorias, del subalterno y lo subalterno. Lo cual no significa descifrar “la forma en que realmente fueron las cosas o privilegiar la narrativa de la historia como imperialismo como la mejor versión de la historia. Es, más bien, ofrecer una relación de cómo una explicación y una narrativa de la realidad fueron establecidas como las normativas”. (Spivak, 2003:317)

Si se parte del hecho de considerar a la representación como fundamento de la modernidad, o mejor, como su palabra clave (Maffesoli, 1997: 24), no sería equivocado, afirmar que su más claro ejemplo “es el remotamente orquestado, extendido, y heterogéneo proyecto de constituir el sujeto colonial como Otro. Este proyecto es también la obliteración asimétrica de la huella de ese Otro en su precaria Subjetividad”. (Spivak, 2003:317).

Sería por tanto, el desciframiento de tal proyecto de constitución de este sujeto colonial como Otro, parte y fundamento del ejercicio discursivo que realiza la poscolonialidad, como ese espacio de apertura, hacia una conciencia de aquello que implica la modernidad como “representación”; mejor aún, siguiendo a Spivak, sería tal

desciframiento, la emergencia de la re-presentación –ejecutada por los estudios poscoloniales- de esa representación, que ha sido el proyecto moderno.

Dos significados de representación están operando al mismo tiempo: representación como “hablar en favor de”, como en la política, y representación como “re-presentación”, como en arte o en filosofía. Dado que la teoría es así mismo sólo “acción”, el teórico no representa (“habla en favor de”) al grupo oprimido. Por supuesto, el sujeto no es visto como una conciencia representativa –un re-presentar la realidad adecuadamente–. Estos dos significados de representación –dentro de la formación estatal y de la ley, por un lado, y en sujeto-predicación, por otro– están relacionados pero son irreductiblemente discontinuos. (Spivak, 2003:308)

Representación y Re-presentación, juegan un papel importante en el discurso de la poscolonialidad. La representación, en tanto aquello que se cuenta y se dice sobre todo cuanto históricamente sucedió en los acontecimientos de colonialismo y colonialidad perpetrados por la modernidad. En efecto, cuando se habla del conquistador, en los tiempos de la conquista y constitución de las colonias en el Nuevo Mundo a partir de 1492, se dice que este representaba o “hablaba en favor de” evangelizar al bárbaro, de civilizarlo (lo construía como Otro); los patriotas criollos por su parte, saciados de los discursos liberales fruto de la ilustración, “hablaban en favor de” construir Estados Modernos y pueblos libres en Latinoamérica, siguiendo el camino del progreso, (representaban, construían al Otro); Harry Truman y sus economistas en el auge de la posguerra, “hablaban en favor de” llevar el desarrollo al tercer mundo, de embarcarlo en el camino de su avanzada hacia el primer mundo, (lo representaban, en todo caso, lo construían como Otro).

La re-presentación en cambio, emerge como aquella plataforma a partir de la cual -o desde donde- pretenden hablar los estudios poscoloniales, que no hace parte del contar o del ejercicio de dar cuenta de hechos o acontecimientos históricos, sino de la manera cómo y para qué se quieren contar tales hechos. Es el ejercicio filosófico y discursivo en sí mismo que devela los lenguajes o “...una crítica a los actuales esfuerzos en Occidente de problematizar al sujeto hacia la pregunta de cómo es representado en el discurso occidental el sujeto del tercer mundo”. (Spivak, 2003:301) “Más que reintroducir al sujeto individual mediante conceptos totalizantes de poder y deseo” (Spivak, 2003:314), es entender que “la persona que habla y actúa... es siempre una multiplicidad”. Multiplicidad que tiene su propio hablar y su propio actuar; esto es un

lenguaje, una personalidad y una identidad definida que ha sido anulada por la representación, que a su vez, ha procurado ser desbordada –al menos como intento de la poscolonialidad- a partir de la re-presentación.

Un ejemplo claro acerca del cómo se presenta la representación mediante la re-presentación, ha sido desarrollado por Santiago Castro-Gómez, cuando en su *Hybris del punto cero*, analiza las consecuencias del establecimiento del conocimiento científico en las colonias del Nuevo mundo como la Nueva Granada a partir de 1750, manifestando que es en el proceso de constitución de América –y del mismo de articulación de la Modernidad a partir de la colonialidad- desde donde debe entenderse el arribo de la ciencia y su posterior y permanente dominio del monopolio del conocimiento hasta la fecha.

En efecto, si el proceso de constitución histórica de América debía hacerse a través de mecanismos efectivos de control y explotación de la población humana, brindados desde luego por la colonización y la colonialidad del poder y del saber por parte de los europeos, sería sólo a través del lenguaje universal de la ciencia, cuando finalmente –si se atiende a que uno de los propósitos fundamentales de la empresa europea habría sido el control de las subjetividades- la modernidad encuentra asilo o el lugar de su razón de ser en Nuestra América; a decir del proceso civilizatorio del Nuevo Mundo.

Ya Santiago Castro-Gómez lo demuestra, cuando menciona, que el rey de España Carlos III de la dinastía de los borbones, abrió el paso al camino que la ciencia debía recorrer para constituirse en lenguaje universal, toda vez que estableció, mediante el edicto real de 1770, que el único medio de consolidar económica, política, social y culturalmente al reino de la península ibérica, era a través de la “unificación lingüística del Imperio con el fin de facilitar el comercio, desterrar la ignorancia y asegurar a los vasallos americanos a un mismo modo de producción” (Castro Gómez; 2005a:12).

Esto significaba, la anulación del lenguaje del otro en sus máximas expresiones, a raíz de la abolición de toda forma de comunicación idiomática, como primer paso, para facilitar e intensificar en un comienzo los procesos de evangelización y posteriormente mejorar la dinámica de incorporación y/o recepción por parte de los pobladores de las colonias, del conocimiento –convertido no en poco tiempo en

científico- necesario para mejorar los mecanismos productivos y de comercio en Nuestros dominios. En esa medida, los fenómenos del lenguaje y su control, se establecerían como componente fundamental de la colonización del mundo y el instrumento de dominio y/o emancipación del cual se valdría la ciencia para establecerse como ícono de la modernidad, que hoy por hoy pretende como así lo hizo en un primer momento “tomar distancia epistemológica frente al lenguaje cotidiano” del otro (Castro Gómez: 2005a:14).

...la estructura de la ciencia posee una analogía con la estructura del lenguaje, (...) ambas son un reflejo de la estructura universal de la razón. Sin embargo, (...) la ciencia tiene prerrogativa sobre el lenguaje. La ciencia no es otra cosa que un lenguaje bien hecho y los lenguajes particulares son una ciencia imperfecta, en tanto que son incapaces de reflexionar sobre su propia estructura. (...). (Castro Gómez: 2005a:14)

Esto habría implicado, como principio o primer paso específico y/o mecanismo de anulación y ocultamiento de las subjetividades del otro, para abrir el camino y apuntalar a las emergentes dinámicas occidentales del establecimiento definitivo de este lenguaje universal y objetivo, su puesta en escena y/o su posicionamiento, en un lugar concreto de manejo, intervención y control de la racionalidad del otro. Esto es, el espacio del *punto cero*, o el “no lugar” de observación desde donde mira, interactúa y opera la ciencia, para desplegarse en sus propósitos.

A diferencia de los demás lenguajes humanos, el lenguaje universal de la ciencia no tiene un lugar específico en el mapa, sino que es una plataforma neutra de observación a partir de la cual el mundo puede ser nombrado en su esencialidad. Producido ya no desde la cotidianidad (Lebenswelt) sino desde un punto cero de observación, el lenguaje científico es visto (...) [por la modernidad, principalmente a partir de los tiempos de la ilustración] como el más perfecto de todos los lenguajes humanos, en tanto que refleja de forma más pura la estructura universal de la razón” (Castro Gómez: 2005a:14).

Fue por medio del *punto cero*, entendido en su exacta definición como punto de partida¹⁴ en la antesala del esfuerzo de anulación del lenguaje del otro, cuando la ciencia empezó a producir sus resultados en Nuestra América. Resultados que en el devenir del

¹⁴Por obvias razones, es comprensible aceptar que el mismo, si y sólo si se materializó en la realidad, a partir de la ejecución del edicto de 1770 del rey Carlos III, cuando se buscó unificar –valga la reiteración– por medio de la lengua y/o del establecimiento definitivo del castellano como idioma oficial en todo el reino, las formas de comunicación entre los habitantes de las colonias y por lo tanto, dismantelar todas las manifestaciones posibles del lenguaje y las maneras de pensar del otro; se trataba entonces, de pensar en castellano, actuar en castellano y vivir en castellano.

proceso, deformaron en violencia epistémica; esto es –ya como operación concreta de la colonialidad- la exclusión del otro, en todo caso de todo aquel individuo, independientemente-dependientemente de sus características físicas, que no determinara su cotidianidad, desde la dinámica del pensamiento occidental hegemónico; exclusión, en el amplio sentido de la palabra: de sus maneras de pensar, hablar, producir, tomar decisiones, y determinar sus particulares decursos de existencia.

4. PENSAR POSCOLONIALMENTE: ¿BRÚJULA PARA UNA PUESTA EN ESCENA *ETHOS DE-POR* PARA LAS CIENCIAS SOCIALES EN NUESTRA AMÉRICA?

En el marco de postulados y descripciones que hemos esbozado hasta aquí, es claro que los estudios poscoloniales junto con el pensamiento social contemporáneo, han procurado transmutar el curso epistemológico de las Ciencias Sociales modernas, bien sea desde sus *locus de enunciación* –que develan sus características excluyentes y “representadoras”, caducas, para una temporalidad posmoderna, globalizada y reinante– o desde sus procederes: intento de movimiento y/o desplazamiento de paradigmas.

Sin embargo, podríamos establecer una suerte de disentimiento: puede ser cierta e inalienable la necesidad de hacer una ruptura epistemológica para las Ciencias Sociales, que posibilite un tejido conceptual autónomo para sus campos del saber, libre de las tradicionales composturas de “representación” de sus disciplinas modernas, tal y como lo sostiene la poscolonialidad. Pero, en la evidencia de tales circunstancias, establezco una distancia respecto de la puesta en escena de una concreción de tal envergadura: la sospecha. Y centrado –más bien caminando– sobre la “sabiduría relativista” de Maffesoli¹⁵, mi sospecha, libre de las premuras del “deber ser”, radica en un movimiento, sugerencia hacia la adopción de lo que pienso puede ser un *ethos de-por*, para el estudio de las Ciencias Sociales en nuestro contexto, en atención, entre otros aportes, a las insinuaciones de la poscolonialidad.

Para ello debo partir por una incitación que es transversal a mi sospecha: Una dolencia. Inscribir esa dolencia en el cuerpo de los estudios poscoloniales, cuyo merecimiento apremia y cuya posibilidad no se ha hecho evidente en nuestra esfera académica, dado el desconocimiento respecto de las investigaciones existentes bajo las cortinas de la poscolonialidad, y dada la crítica de la cual han sido objeto sus postulados en la academia¹⁶; crítica referida a una supuesta dificultad en sus investigaciones,

¹⁵ Diría Michel Maffesoli al respecto: “Ella <<sabe>>, gracias a un saber incorporado, que nada es absoluto, que no hay una verdad en general, sino que todas las verdades parciales pueden entrar en una *relación* con las otras.” (Maffesoli, 1997:12)

¹⁶ Pensadores como Alex Callinicos, Aijaz Ahmad, Dirlik, Nelly Richard, Carlos Reinoso, Eduardo Gruner, solo por citar algunos, han sido los principales autores que se han encargado de cuestionar algunos de los postulados y la estructura epistémica de los estudios poscoloniales.

relacionada con la imposibilidad de encontrar un *locus de enunciación* que no termine siendo una divagación conceptual, epistémica y algunas veces ecléctica, que sólo perjudica los propósitos de sus intentos de “hablar”.

Asumir esa dolencia, nos sitúa en un lugar privilegiado, trágico pero próximo. Un lugar que es la frontera, el espacio de traducción de los dolores en avisos; El lugar del doliente: sujeto que se ocupa –antes y después de la muerte– de las atenciones que sólo puede merecer el convaleciente. Y no es que la poscolonialidad sea paciente moribundo. Todo lo contrario, el privilegio del doliente consiste en pensar por un momento en que si nos «dolemos» –si hacemos propio un dolor impropio– de los estudios poscoloniales, quizá logremos hacer una intervención, una traducción clínica, que provoque reconocimiento en nuestros ámbitos de aliento y vitalidad para su corporeidad.

Es así como emerge aquello que considero como la puesta en escena *ethos de-por* para las Ciencias Sociales en Latinoamérica. No es método, ni procedimiento; menos prontuario de actividades o lista de instrucciones. Se constituye, más bien, como espacio de posibilidad y acción que puede emerger para quién se preocupa por el saber social. Lugar constante desde donde deviene una eventual, pero no preponderante, aspiración por efectuar una metamorfosis epistémica para las Ciencias Sociales.

¿Cómo dolernos? ¿Cómo hacer *nuestro* un dolor impropio: soportar las angustias de una patología ajena pero que se reanuda en nuestro cuerpo? Para nuestro caso, admitimos una referencia a un juego de conceptos desde donde será posible remitir una posibilidad de habla. Asumiremos la escenificación de la posibilidad del *Ethos de-por*. Así las cosas, en este juego conceptual determinamos la inmanencia de dos significados. Por un lado, *ethos*, entendido como el espacio en *donde ser*: espacio-tiempo vital de reconocimiento del sujeto, en donde él se preocupa por su identidad y autonomía siguiendo los trazos de la racionalidad clásica, en la que el *ethos* consiste en la provisionalidad de la existencia ante el cosmos, el sitio para la realización de su (propia) historia, de su libre determinación y de sus propias actividades, en la búsqueda de su liberación hacia la salvación;

En seguida, sin salir del lugar del ser mismo, nos encontramos con el juego de proposiciones *de-por*. Este comprende, en esta forma particular de enunciación, una metátesis, que determina una acción de predisposición hacia las Ciencias Sociales en

Latinoamérica: El *de* que supone una pertenencia para el objeto del movimiento –en este caso el pensamiento social– y el *por*, preposición que implica la acción realizada para con dicha esfera del conocimiento. Esta forma de metátesis, que es en sí una exponenciación de la proposición hasta convertirla en acción determina una dinámica de reanudación constante: un *de* que es sugerencia a una forma particular de pertenencia y un *por* que es acción en función de la pertenencia.

El *Ethos de-por* para las ciencias sociales latinoamericanas, se define como la posibilidad de ser desde donde el sujeto se recrea para sí. Es una posibilidad de aprehensión de lo propio, que irrumpe desde la misma preocupación por su identidad, ajena hasta ahora. Identidad que se remite a una pertenencia desde la cual el sujeto se plantea por sí mismo y a la vez, identidad que no surge de la negación de la procedencia, sino, precisamente, como emergencia, como encuentro entre lo ajeno, lo extraño y lo propio.

Así, hemos establecido una plataforma particular de construcción de las ciencias sociales. Más allá de las construcciones discursivas eminentemente abstractas, podemos acercarnos a la puesta en escena del *Ethos de-por*, ya no como acción elocutiva, sino como acción discursiva en las ciencias sociales contemporáneas. En este sentido, asumimos la necesidad de reconocer tres elementos claves heredados de la poscolonialidad como emergencia: la acción ética, la alteridad y la posición de partida.

La acción ética ya sugiere de antemano tres observaciones: primero, no es el propósito fundante, ni siquiera lo más importante, poner en tela de juicio la actual hechura epistemológica del proyecto moderno de las Ciencias Sociales, tal y como lo sustentan los estudios poscoloniales. Se trata más bien de apreciar y llevar a cabo de manos del sujeto, posturas políticas y éticas¹⁷ concretas en los procesos de investigación,

¹⁷ Por este tipo de posturas entiendo el libre desarrollo de las indistintas expresiones del sujeto, resultado del esfuerzo cognitivo e investigativo por las Ciencias Sociales. De ahí que lo político (posturas políticas) aquí es una posición, un punto o varios puntos de vista de este sujeto, y puesta en práctica del o los mismos, como individuo autónomo capaz de decidir y dejarse llevar por uno o varios senderos de apoyo a determinada teoría, doctrina, escuela de pensamiento, paradigma, ideología, colectivo social o comunidad. Se sobreentiende entonces que lo político aquí está ligado con el significado literal de política como actividad y participación en la toma de decisiones respecto de lo público y/o lo particular. Lo ético (posturas éticas) por su parte, hace referencia a la responsabilidad y compromiso que tal o cual sujeto detenta para con sus iguales, para con su objeto de investigación y para con los individuos y/o colectivos sociales que directa e indirectamente se inmiscuyen en sus esfuerzos. Por consiguiente, lo ético debe velar

estudio y pensamiento de los saberes, disciplinas y campos del conocer de lo social. Posturas que sin negar las concreciones disciplinares, los esquemas y escuelas de pensamiento, los paradigmas imperantes y los intereses que motivan a este tipo de conocimiento, deben viabilizar en el sujeto capacidad de analizar y tomar posiciones claras respecto de lo que se investiga, cómo se lo investiga, para quien lo investiga, para que lo investiga y por qué lo investiga. Constituyéndose esto como un propósito concerniente ahora no sólo a la academia y la institucionalidad que solventa la investigación social, sino como referente obligado para el individuo que se interesa por las Ciencias Sociales.

Segundo; las tradicionales perspectivas de oposición y de izquierda tomadas por la mayoría de las escuelas del pensamiento disidente de la academia occidental, no son indispensables, pues al igual que el conocimiento occidental, algunas de sus afirmaciones, como sucede con ciertas apreciaciones de los estudios poscoloniales –que enfatizan en que las disciplinas de las Ciencias Sociales creadas por la modernidad niegan saberes y pensamientos de las sociedades “representadas”, instaurando negación, subordinación y ocultamiento del “otro colonial”– no hacen más que reiterar a la manera de la ley del Talión, los procederes de la modernidad y sus enunciados del saber; generando ocultamiento y negación, de ese así constituido “otro” conocimiento occidental, intentando reconocer y dar cabida a las voces ocultadas del pensamiento del “otro colonial”, negado por occidente. Esto da pie a pensar en la paradoja que supondría el pensamiento de la poscolonialidad: una reivindicación de voces ocultas por occidente, ocultando la misma voz occidental.

De ahí que lo interesante para esta segunda perspectiva, no sea ir en contravía de las racionalidades epistemológicas existentes como la moderna y la poscolonial, sino tomar de tal o cual, lo que concierna a los objetivos de esa o aquella investigación por realizar. Desde la posición del investigador en sus perspectivas éticas y políticas y, desde las posiciones y requerimientos epistémicos brindados por el sustento teórico que este pueda usar en sus indagaciones, además de los aportes que pueda encontrar, brindados por otros saberes producidos en contextos diferentes al académico. Dando como

por la no trasgresión del lazo social. No implicando que no pueda revolucionar ciertos aspectos de su especificidad.

resultado un esfuerzo evidentemente subjetivo, en tanto que intersubjetivo y transtextual, si se piensa en los aportes emergentes de la poscolonialidad que en este intento se quieren exaltar.

No en vano la transtextualidad, entendida como “concretización particular discursiva, resultado de un recorrido transcultural¹⁸” (Toro, 1999:33), indaga en las marcas propias de saberes que no necesariamente se producen en la academia (hay cabida para las voces otrora ocultas y negadas) permitiendo, un trabajo interdisciplinario que busca ser transdisciplinario¹⁹, respecto del objeto de estudio propuesto.

En tercer lugar, la acción ética se concretaría con el propósito de solventar la posibilidad de ejercer una libertad para hacer imborrable la huella humana en el mundo de la vida. Por tanto, ésta, como resultado de una preocupación que en principio sería subjetiva, para pasar a ser intersubjetiva, quizá transcultural, en acción de escucha y atención a la voz del sujeto y de quienes ingresan en el proceso –ya como iguales o pares, ya como expectantes o lectores, ya como grupos o comunidades objeto de estudio–, se refleja en la búsqueda de universos de sentido que las posturas del sujeto (políticas y éticas) pueden brindar para el esfuerzo investigativo de conocimiento social. Al respecto, diría la poscolonialidad desde mi voz: la acción ética es la construcción de *locus de enunciación* propios, como *ethos*, para aquellos quienes se preocupan por estos conocimientos.

Ahora bien, no sería completo un esfuerzo de esta índole, sin la alteridad como componente fundante en su naturaleza. Entendida así, como cualidad inminente de lo que es otro, en preocupación del Otro y lo otro y en esfuerzo por sentar bases de igualdad, equidad y respeto, para ese Otro y Lo Otro, esta se liga a la acción particular que enmarca el juego de preposiciones *de-por* en mi propuesta. Así, el *de-por* sería la práctica que en razón de dicha alteridad, realiza el sujeto desde su *ethos* para-con las Ciencias Sociales y sus objetos de estudio.

¹⁸ El recorrido transcultural no es solamente el empleo de un conocimiento generado en otro lugar del de mi identidad originaria, o el mismo de esa identidad sino “la actividad de ocuparme de diversos objetos culturales que no son reducibles ni a mi identidad, ni a mi lengua y cultura de origen y que no están emparentados entre sí” (Toro, 1999:32).

¹⁹ El esfuerzo de una transdisciplinariedad como lo sugieren los estudios poscoloniales, deberá ser “el acto de apropiación de sistemas o subsistemas o fragmentos de diversas disciplinas sin preguntar por su origen y exigir su compatibilidad, sino solamente, *el valerse de su funcionalidad y productividad*” (Toro, 1999: 33).

En términos levinasianos, “la alteridad, la heterogeneidad radical de lo Otro sólo es posible si lo Otro es otro con relación a un término cuya esencia es permanecer en el punto de partida, servir de *entrada* a la relación, ser el mismo no relativamente, sino absolutamente” (Levinas, 1977:60). Aquel término, es el sujeto para el caso que expongo. El Yo en Levinas, quien se responsabiliza por su identidad y a lo sumo, por el respeto –y también la transgresión– de la identidad del Otro y de las especificidades de lo otro, pues el yo es un “ser cuyo existir consiste en identificarse, en recobrar su identidad a través de todo lo que acontece” (Levinas, 1977: 60), pero sin negar la inmanencia de esta misma posibilidad respecto del Otro, incluyendo a lo otro.

Así, reiterando la construcción, ese *de* hace parte de una especificación que no es del sujeto, del yo y que le permite generar patrones de identidad a partir de sí mismo. A su vez, aquel *de* sería entonces lo que representa al Otro y lo otro: La sociedad, los colectivos sociales, los pares académicos y las Ciencias Sociales con sus objetos de estudio. En tanto que *por* es lo que concierne al sujeto, su esfuerzo en la búsqueda de su huella indeleble e identidad y autonomía, hacia un emprendimiento por el saber.

Luego, el sujeto que se preocupa por las Ciencias Sociales, le entrega a estas desde sus posibilidades, el esfuerzo por su propia indagación, estudio e investigación, respetando al Otro y lo otro presente en ellas e inclusive fuera de ellas, a través de sus posturas éticas y políticas. Encontrando en su esfuerzo el resultado de su mismidad, corroborando siempre relaciones de alteridad, que es autonomía y toma de decisión en el juego por la vida y la construcción del saber. No en vano Levinas afirma que es por medio de la “participación” –siendo esto ya una participación para con las Ciencias Sociales– que se puede ser lo Otro, dando cabida en lo que concierne con las inmanencias de lo que se puede comprender por ética, al “nosotros”. Un “nosotros”, que para nuestro caso debería incluir a todos los sujetos y voces insertas en el recorrido transcultural.

Finalmente, sólo faltaría la posición de partida que se constituye como la *preparación para* antes de un acceso que acomoda al sujeto en su esfuerzo. Sería entonces posición de partida, simplemente una condición de entrada: un ir con lo que se tiene buscando lo que se quiere. En la que necesariamente, independientemente de sus posibilidades, el sujeto se encuentra en el momento del emprendimiento por la

construcción de su *ethos de-por*. Así, esta conlleva a aquello que Maffesoli entiende como la “presentación”, evitando de antemano la injerencia que pueda procurar para con el sujeto, el esfuerzo de “representación” de la estructura académica moderna prevaleciente en nuestros contextos: “la representación ha sido, en todos los ámbitos, la palabra clave de la modernidad. Así, (...) la representación (...) justifica todas las delegaciones del poder. (...) En cambio, la presentación de las cosas es algo totalmente distinto. Se contenta con dejar ser lo que es y se esfuerza por resaltar la riqueza, el dinamismo y la vitalidad de este «mundo de aquí»” (Maffesoli, 1997:24)

Lo anterior, es evidencia de que más allá de reformar las epístemes del saber social, un interés –el interés propio del doliente– por parte de quienes las estudian, construyen, o pretenden reformarlas, es suficiente para generar perspectivas de beneficio, para nuestros colectivos sociales. Beneficio, que inalienablemente, no puede dejar de partir por la constitución de nuestra propia identidad y autonomía: de nuestro *ethos de-por* en las Ciencias Sociales.

Es así, que sin tener aún concreciones definidas respecto de lo que deben ser las Ciencias Sociales en la actualidad y en nuestros contextos, si existen posiciones y senderos que muy seguramente, bajo la premura de los avatares de la construcción del saber, permitirán un día gestar un conocimiento social con su constructo epistemológico propio; que por ahora bajo lecturas dolientes, debe caracterizarse por su preocupación en la manera cómo se produce la búsqueda del y por el saber y, el para qué y por qué del mismo. Ámbitos que en nuestra academia no se tienen en cuenta todavía, si pensamos, en que la producción del conocimiento social en nuestros contornos, se ocupa por reproducir modelos y conceptualizaciones, creados y ligados a otros contextos que pretendieron volverlos universales: ya disciplinas, ya paradigmas científicos; ya estructuras universitarias puntualizadas, ya objetos de estudio definidos.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- CASTRO-GÓMEZ, Santiago. (1999). *“Epistemologías coloniales, saberes latinoamericanos: el proyecto teórico de los estudios subalternos”*. En: TORO, Alfonso. TORO, Fernando de (Compiladores). (1999). “EL debate de la postcolonialidad en Latinoamérica. Una posmodernidad periférica o cambio de paradigma en el pensamiento latinoamericano”. Madrid: Vervuert-Iberoamericana.
- _____. (2005). *“La poscolonialidad explicada a los niños”*. Jigra de Letras 5. Popayán: Editorial Universidad del Cauca, Instituto Pensar, Pontificia Universidad Javeriana.
- _____. (2005a). *“La Hybris del punto cero”*. Ciencia, Raza e ilustración en la Nueva Granada (1750-1816). Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- CHAKRAVORTY SPIVAK, Gayatri; GIRALDO, Santiago. (2003) ¿PUEDE HABLAR EL SUBALTERNO? Revista Colombiana de Antropología, vol. 39, enero-diciembre, pp. 297-364. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
- DUSSEL, Enrique. (1973). Para una ética de la liberación latinoamericana. Buenos Aires, Argentina: Siglo Veintiuno Editores S.A.
- _____. (S.f.p.). Europa, Modernidad y Eurocentrismo. Universidad Autónoma Metropolitana Iztapalapa (UAM-I), México. En: Lander, Edgardo. [Ed.]. (2000). La Colonialidad del Saber: Eurocentrismo y Ciencias Sociales. Perspectivas latinoamericanas. Buenos Aires, Argentina: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO).
- GUERRERO VINUEZA, Gerardo. (2006). *“El reto de la educación y los saberes sociales; Descolonizar el pensamiento y emancipar la mente de la mujeres y los hombres latinoamericanos”*. En: “Nariño, cultura y son en las aulas y el corazón”. Pasto: Academia Nariñense de historia, Graficolor.
- _____. (Sin fecha). *“La fractura de las ciencias sociales”*. Documento inédito.
- _____. (2008). *“Ideas preliminares para una discusión sobre la Universidad, la academia y la política”*. En: Universidad de Nariño.

- (2008). “Textos de discusión Pensar la Universidad y la Región”. Pasto: Centro de publicaciones de la Universidad de Nariño.
- LANDER Edgardo. (1999). “*Eurocentrismo y colonialismo en el pensamiento social latinoamericano*”. En: CASTRO-GÓMEZ, S. RIVERA, O. BENAVIDES, C. (Compiladores). (1999). “Pensar (en) los intersticios Teoría y práctica de la crítica poscolonial”. Bogotá: Colección Pensar. Instituto de estudios sociales y culturales Universidad Javeriana.
- LEVINAS, Emmanuel. (1977). “*Totalidad e infinito*”. Salamanca: Ediciones Sígueme.
- MAFFESOLI, Michel. (1997). “*Elogio de la razón sensible. Una visión intuitiva del mundo contemporáneo*”. Barcelona: Paidós.
- MIGNOLO, Walter. (2000). “*La colonialidad a lo largo y a lo ancho: el hemisferio occidental en el horizonte colonial de la modernidad*”. En: LANDER, Edgardo. (Compilador). (2000). “La colonialidad del saber: Eurocentrismo y Ciencias Sociales perspectivas latinoamericanas”. Buenos aires: Gráficas y Servicios, CLACSO.
- _____. (2002). “*Las Geopolíticas del Conocimiento y la colonialidad del poder*”. En: WALSH, C. SHIWY, F. CASTRO-GÓMEZ S. (Compiladores). “Indisciplinar las Ciencias Sociales. Geopolíticas del conocimiento y colonialidad del poder. Perspectivas desde lo andino”. UASB/Abya Yala, en prensa.
- _____. (S.f.p.) *Herencias coloniales y teorías poscoloniales*. Biblioteca Virtual de Ciencias Sociales. Disponible en: www.cholonautas.edu.pe.
- QUIJANO, Aníbal. (2000). “*Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina*”. En: LANDER, Edgardo. (Compilador). (2000). “La colonialidad del saber: Eurocentrismo y Ciencias Sociales perspectivas latinoamericanas”. Buenos aires: Gráficas y Servicios, CLACSO.
- QUIJANO VALENCIA, Olver. (2006). “*¿Recorre la civilización el mismo camino del sol? Crítica poscolonial, racismo e insurgencia epistémico-existencial*”. En: ALVAREZ, L. ARISTIZABAL, M. (Compiladores). (2006). “¿recorre la civilización el mismo camino del sol? Pedagogía, subjetividad y cultura”. Popayán: Fondo editorial Universidad del Cauca.
- SAID, Edward, W. (1990). “*Orientalismo*”. Madrid: Ediciones libertarias.

TORO, Alfonso de. (1999). *“La postcolonialidad en Latinoamérica en la era de la globalización. ¿Cambio de paradigma en el pensamiento teórico-cultural latinoamericano?”*. En: TORO, Alfonso de. TORO, Fernando de (Compiladores). (1999). “EL debate de la postcolonialidad en Latinoamérica. Una posmodernidad periférica o cambio de paradigma en el pensamiento latinoamericano”. Madrid: Vervuert-Iberoamericana.

WALLERSTEIN, Immanuel. (1996). *“Abrir las Ciencias Sociales. Informe de la comisión Gulbenkian para la reestructuración de las Ciencias Sociales”*. Traducción: MASTRÁNGELO, Stella. México: Siglo XXI editores, s. a. de c. v.